

Un ejército invencible

LOS TEMIBLES GUERREROS DE ESPARTA

Desde el siglo VIII a.C., el surgimiento de una nueva estructura de combate, la falange, hizo del ejército espartano el más temido de Grecia por la excelente preparación y organización de sus fieros combatientes

ANTONIO PENADÉS
HISTORIADOR Y ESCRITOR



Soldados acorazados

Los guerreros espartanos iban pertrechados con un pesado equipo metálico: casco, escudo, espada, lanza y grebas (espinilleras). Casco del siglo V a.C.

Las ofrendas de la guerra

Los espartanos depositaban parte del botín de guerra como ofrenda en el santuario de Apolo en Delfos. En la imagen, el *tholos* de Atenea, próximo al recinto de Apolo.

TOM MACQUE / FOTOTECA 9 X 12

Pocas escenas despertaban mayor temor y admiración en la Grecia clásica que la visión de las tropas espartanas. Su presencia se asociaba a la profesionalidad, a la intensa preparación física y mental y a la entrega total, virtudes que encontraban su máximo exponente en la selecta unidad de los *hippeis*, trescientos hoplitas elegidos anualmente por los éforos o magistrados de entre los espartiatas mejor preparados

para servir como guardia privada del rey. Los *hippeis* se disponían en el ala derecha del ejército. Ésta era la más vulnerable, porque sus miembros no contaban con el escudo del compañero para proteger su costado derecho —con el brazo derecho se sostenía la lanza, y con el izquierdo, el escudo— y porque solía recibir las maniobras envolventes del ejército enemigo.

El sonido de las flautas y de las trompetas que acompañaba a las filas de los espartanos o lacedemonios no sólo aumentaba su espectacularidad, sino que cumplía un papel fundamental. Según Tucídides, no era un rito religioso más, sino que se trataba de una costumbre que «tiene como finalidad que las tropas avancen de forma igualada marchando al compás de la música y no se descomponga así su orden de batalla, cosa que les suele ocurrir a los ejércitos en el momento de marchar al ataque». La música creaba la cadencia de marcha adecuada en la formación hoplítica y, en los momentos clave, en el fragor de la batalla, la música de las trompetas elevaba los ánimos de los soldados hasta límites insospechados.

La imbatibilidad del ejército lacedemonio explica que en 431 a.C., en el inicio de la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Esparta y Atenas, Pericles ordenara a todos los habitantes de la región del Ática que se refugiaran tras las poderosas murallas de la capital, Atenas. Pese a las acusaciones de cobardía que recibió el general por rehuir el

combate terrestre contra el ejército del rey Arquidamo II de Esparta, muchos atenienses comprendieron la necesidad de centrar sus esfuerzos en la flota, dado que una batalla campal contra los espartanos implicaba una derrota segura.

El ejército se moviliza

La *gerousía*, el consejo de ancianos, era el órgano de gobierno facultado para tomar la iniciativa de emprender una acción militar, que después debía ser aprobada o rechazada por la asamblea de los espartiatas. Competía a los éforos efectuar el reclutamiento entre los espartiatas de edades comprendidas entre los 20 y los 60 años, comenzando, por lo general, por los más veteranos. Al divulgarse la orden de movilización por promociones, los guerreros experimentados ocupaban su posición habitual, mientras que los nuevos rellenaban los huecos de los que habían muerto en la batalla anterior o por causas naturales.

Si los éforos lo estimaban necesario, se constituía una unidad nueva con los reclutas. A partir de la guerra del Peloponeso, en el último tercio del siglo V a.C., la falange espartana reforzó sus flancos con tropas ligeras, sobre todo peltastas (así llamados por la *pelta*, un escudo de mimbre en forma de media luna) y arqueros, y con un exiguo cuerpo de caballería de unos ochenta jinetes. La movilización se realizaba con celeridad, siempre, eso sí, que no coincidiera con las Carneas.

CRONOLOGÍA

GLORIA Y OÇASO DEL EJÉRCITO ESPARTANO

730-660 a.C.

Esparta invade la vecina región de Mesenia y sojuzga a sus habitantes: quienes no huyen son esclavizados.

480 a.C.

En las Termópilas, 300 espartanos, secundados por tespios y beocios, se enfrentan a unos 20.000 persas.

479 a.C.

El ejército del rey espartano Pausanias, formado por 40.000 hoplitas, resulta decisivo en la derrota persa de Platea.

418 a.C.

El rey Agis de Esparta logra en Mantinea una victoria que rompe la alianza establecida entre Argos y Atenas.

371 a.C.

En Leuctra, los tebanos, liderados por Epaminondas, vencen a los espartanos y acaban con su hegemonía.



La importancia de los aliados

La histórica rivalidad entre Atenas y la isla de Egina (cuyo templo de Atenea Afaya aparece a la izquierda), lanzó a los eginetas en brazos de Esparta durante la guerra del Peloponeso.

Una protección necesaria

Los hoplitas portaban un escudo redondo, a veces con los laterales recortados para facilitar el paso de la lanza, como se ve en el de la derecha. Museo Oliveriano, Pesaro.

EL ARMA MÁS EFICAZ DE LA INFANTERÍA ESPARTANA

El escudo (*aspis*) era, junto con la lanza, el arma más importante del guerrero espartano. Tenía forma circular y convexa, pesaba unos siete kilos y tenía un diámetro de 90-100 centímetros. Se elaboraba en talleres especializados con láminas de madera (sauce o chopo), previamente curvadas y encoladas. El exterior se solía cubrir con una fina lámina de bronce que servía más como decoración que como protección y que producía impresión en el enemigo cuando se reflejaba al sol. El escudo era fundamental para la táctica ofensiva de la falange, basada en el empuje simultáneo de todos los hoplitas hasta formar una masa compacta frente al enemigo, creando una dinámica parecida a las actuales *mêléés* en los partidos de rugby.



Estas fiestas dedicadas a Apolo Carneio se celebraban cada verano, la época más habitual para hacer la guerra, y se consideraba impío interrumpirlas por cualquier causa.

Los motivos para emprender una expedición militar eran muy diversos. Podía estar en juego la autonomía espartana, como fue el caso de la batalla de Platea en 479 a.C., donde se destruyó la amenaza persa; podía también tratarse de enfrentamientos para obtener o mantener la hegemonía en Grecia, en especial ante Atenas y Tebas, las principales competidoras de Esparta. Y en varias ocasiones el ejército lacedemonio hubo de reprimir las rebeliones de los hilotas o esclavos mesenios; éstos eran los pobladores de Mesenia, región que los espartanos habían conquistado hacia finales del siglo VIII a.C. y cuya población habían esclavizado. Por último, eran frecuentes las disputas fronterizas con regiones vecinas en el Peloponeso, sobre todo con Argos y Arcadia.

La movilización estaba perfectamente regulada. Si se esperaba que la campaña durase más de quince jornadas, cada soldado debía llevar consigo provisiones para veinte días, estando prohibido que antes de ese plazo adquirieran productos a los comerciantes que se solían acercar a la expedición. La alimentación, basada en pan de cebada, queso y carne salada, era la misma para la tropa, para los oficiales y para el mismo rey. Cada espartiatá llevaba consigo sus armas, mientras que un hilita cargaba con su equipaje, con los víveres, con vino y con agua (la mayoría de las expediciones se emprendían al final de la primavera y a partir de esa época los arroyos estaban secos). Por las no-

ches, los guerreros se protegían del frío con sus capas, ya que no dormían en tiendas, sino que yacían al raso o bajo simples cobertizos.

Los animales de carga, los carros y los hilotas formaban el convoy de carga, que contaba con un oficial al frente y que marchaba junto a un nutrido grupo de cirujanos, artesanos, herreros, carpinteros y curtidores que formaban parte del ejército regular, pero estaban exentos de combatir. Llevaban consigo todos los objetos que podían necesitar durante la expedición: instrumental quirúrgico, artilugios para desplazar obstáculos del camino, correas de cuero, filos y recambios para el armamento, puntas de lanza, madera, picos, palas, hachas y, en definitiva, herramientas para realizar cualquier tipo de reparación.

Soldados e impedimenta

Tras la movilización del ejército, el rey ofrecía un sacrificio a Zeus Agetor («el guía») para conocer si los dioses aprobaban que se emprendiera la expedición. En caso favorable, un oficial recogía el fuego sagrado del altar y lo llevaba consigo durante toda la campaña, lo que aseguraba la protección divina y, de paso, evitaba la engorrosa tarea de encender una llama cada vez que era necesario. En estos ritos se sacrificaban cabras y ovejas, cuya carne serviría para alimentar después a los soldados. Cuando el ejército llegaba a la frontera de Lacedemonia, el rey celebraba un nuevo sacrificio, en este caso dedicado a Zeus y a Atenea, y convocaba a continuación a sus tropas para escuchar juntos los versos del poeta lírico Tirteo, que vivió

Atenas frente a Esparta

La victoria espartana sobre Atenas (de cuya Acrópolis vemos el Erecteion) en la guerra del Peloponeso supuso la consolidación de Esparta como el mayor poder militar de Grecia.

Al amanecer del día del **combate**, los hoplitas espartanos daban brillo a sus escudos, preparaban sus armas y **peinaban** con cuidado sus largos cabellos

en el siglo VII a.C. y ensalzó en sus poemas épicos el valor y patriotismo de los espartanos: «Un bien común a la ciudad y al pueblo entero es el hombre que, erguido en vanguardia, se afirma sin descanso, y olvida del todo la fuga infamante, exponiendo su vida y su ánimo audaz y sufrido».

Durante la marcha se colocaban al frente de la formación la caballería y los escritas, recios montañeses del norte de Lacedemonia con armamento ligero, formando una poderosa pantalla que protegía por delante el convoy de carga. La infantería pesada, en dos largas filas que flanqueaban las mulas de carga, el ganado, los hilotas y los no combatientes, componía una masa ingente que se acoplaba a los accidentes del terreno y respondía con inmediatez a las órdenes que transmitían los sonidos de un cuerno. En todas las expediciones había dos éforos que vigilaban que las decisiones del rey se ajustasen al código de honor y a la ley.

En ocasiones, como si fuera un duelo individual, los ejércitos enemigos se enviaban heraldos y se citaban en una llanura para combatir. Cuando los lacedemonios llegaban al que iba a ser el campo de batalla, acampaban en el lugar más apropiado —si era posible, allí donde hubiese abastecimiento de agua—. El campamento se levantaba con forma cuadrada, siempre que la orografía lo permitiese, colocándose en su interior animales, suministros y esclavos. No se fortificaba el exterior, aunque los escritas y la caballería hacían constantes salidas a zonas elevadas de los alrededores para vigilar; era evidente que la guardia espartana tomaba más precauciones ante una posible huida de sus hilotas que ante un ataque del ejército rival.

Los soldados espartanos mantenían un intenso programa durante el tiempo que estaban acampados. Después de ofrecer el pertinente sacrificio matutino, el rey daba las órdenes del día a sus oficiales, que solían consistir en ejercicios físicos antes del desayuno, revista, relevo en los puestos de vigilancia e instrucción militar; por la tarde competían en ejercicios atléticos, en los que un polemarcha (alto comandante militar) actuaba como juez y concedía un premio al vencedor, por lo general carne para la cena; al final de la jornada volvían a cantarse himnos y poemas de Tirteo, y cada uno se marchaba a dormir junto a sus armas y sus compañeros de tienda (*syskenoi*).

Al amanecer del día en que se iba a librar la batalla, en ocasiones ya a la vista del enemigo, los hoplitas abrillantaban sus escudos, prepara-

ban sus armas y peinaban con esmero sus largos cabellos, un ritual que tenía una elevada carga simbólica y psicológica. Cuando el inicio del combate era inminente se sacrificaba una cabritilla a Ártemis Agrótera, la diosa de la caza, y los adivinos examinaban las entrañas ante la atenta mirada del rey, que sólo daría orden de atacar si contaba con el beneplácito divino. Entonces los hombres recibían las últimas instrucciones, los oficiales se colocaban en primera línea de sus formaciones y esperaban a oír la señal de avanzar que daban los trompeteros.

La temible falange espartana

En ese momento, todos los hoplitas entonaban un peán o canto de guerra denominado *Canción de Cástor*, venerado héroe espartano, que se acompañaba con las melodías que los flautistas tocaban desde su posición entre las filas. Esta escenografía tenía el propósito de atemorizar al rival e infundir coraje a los espartiatas, quienes avanzaban de forma acompañada con sus lanzas levantadas al pausado ritmo de la música: el ejército lacedemonio realizaba la aproximación a la línea enemiga con mayor lentitud que sus rivales, según la cadencia armónica que marcaban los flautistas.

Cuando se trataba de un enfrentamiento directo entre espartanos y un solo ejército rival solía ocurrir que éste se retirara antes de que las dos líneas se encontraran, y esta tendencia sólo cambió a partir del siglo V a.C., cuando comenzaron a ser frecuentes las alianzas militares entre distintas ciudades. Al producirse el choque entre las primeras líneas de uno y otro bando, todos los guerreros comenzaban a empujar sobre sus escudos. Cada hoplita presionaba con fuerza sobre la espalda del que tenía delante, mientras que los de las tres o cuatro filas de vanguardia dirigían sus lanzas sobre los hombros de sus compañeros, tratando, así, de alcanzar a alguno de los enemigos.

El propósito de la falange era romper la formación contraria, lo que requería un esfuerzo descomunal durante un período de tiempo en ocasiones muy prolongado. Mientras no se produjera la ruptura de las líneas enemigas, los caídos en el combate eran escasos, y los compañeros de detrás cubrían de inmediato los huecos. Cuando los hoplitas de una falange perdían su posición



Armados y protegidos

El hoplita, integrado en la falange, se cubría con un escudo que cubría la parte izquierda de su cuerpo, como muestra esta figurita de bronce. Siglo VI a.C. Museos Estatales, Berlín.



HOPLITA GRIEGO
LUCHANDO CON UN
PERSA. COPA DEL
SIGLO V A.C.

EL MEJOR EJÉRCITO DE GRECIA

Los hoplitas espartanos empleaban un armamento y unas tácticas muy parecidas a las de los demás estados griegos. Lo que los diferenciaba y los hacía invencibles, a ojos de los otros helenos, eran el entrenamiento que seguían y la rígida disciplina de combate.



HOPLITA CON
ESCUDO. ESCULTURA
PROCEDENTE DEL
TEMPLO DE ATENEA
EN EGINA. GLIPTOTECA
DE MUNICH.



HOPLITAS COLOCÁNDOSE LAS
ARMAS. COPA ATENIENSE DE
PRINCIPIOS DEL SIGLO V A.C.
MUSEO DE VIENA.

EL EQUIPO DEL HOPLITA

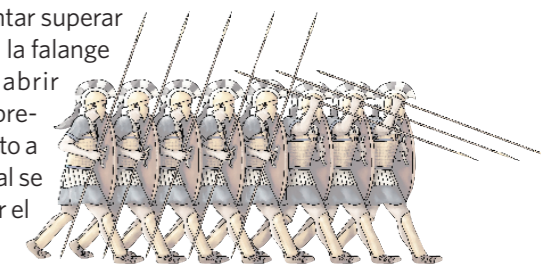
NO HABÍA DIFERENCIAS de equipamiento entre los hoplitas de las distintas ciudades griegas, de modo que la pintura de la copa ateniense del siglo V a.C. que se reproduce a la izquierda es ilustrativa tanto de los combatientes de Atenas como de los de Esparta. Todos se cubrían con una armadura gruesa y pesada, pese a que en la época clásica había perdido muchos elementos de períodos anteriores, como musleras y brazales. En el siglo V a.C. estaba compuesta de grebas para las piernas ①, coraza ② y casco ③. Por entonces las corazas de bronce habían sido sustituidas por piezas hechas con láminas de lino, encoladas y endurecidas mediante una inmersión en vinagre y sal y reforzadas con láminas de bronce. Como arma a la vez defensiva y ofensiva tenían el escudo ④. Todos empujaban lanzas largas y espadas cortas de hierro, como la que el personaje de la copa está ajustándose ⑤. Una singularidad del hoplita espartano es que se cubría con una capa escarlata; se utilizaba para protegerse del frío, pero no en combate.



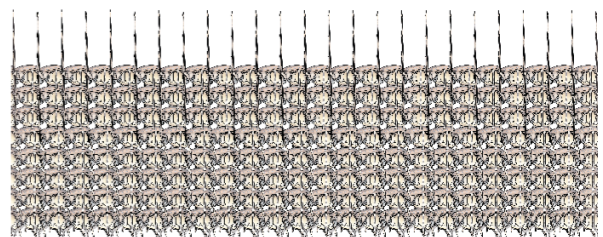
OFICIAL ESPARTANO CON CASCO CORINTIO Y ENVUELTO EN UN MANTO MILITAR. FINALES DEL SIGLO VI A.C. MUSEO DE HARTFORD.

LA FALANGE ESPARTANA

LA FALANGE estaba formada por columnas compactas de hoplitas que debían dotar a la unidad de la anchura y profundidad necesaria. Disponer de una mayor envergadura y potencia que el enemigo constituía una de las claves de la victoria. En todo caso, la falange lacedemonia contaba con un mínimo ocho filas de fondo. Cada hoplita disponía su lanza ① hacia adelante y en paralelo a la de sus compañeros, tratando los de las primeras filas de alcanzar los brazos, la garganta o un ojo de alguno de sus oponentes. Las líneas de vanguardia se valían asimismo del escudo ② para intentar superar en empuje a la falange enemiga y abrir en ella una brecha, momento a partir del cual se solía resolver el combate.



FALANGE GRIEGA DEL SIGLO
VII A.C. VASO CHIGI. DE ESTILO
PROTOCORINTIO. MUSEO DE
VILLA GIULIA. ROMA.



RECONSTRUCCIÓN DE LA FORMACIÓN DE COMBATE DE UNA FALANGE GRIEGA EN LA ÉPOCA CLÁSICA. SE MUESTRA UNA FALANGE DE OCHO FILAS.



La ayuda extranjera

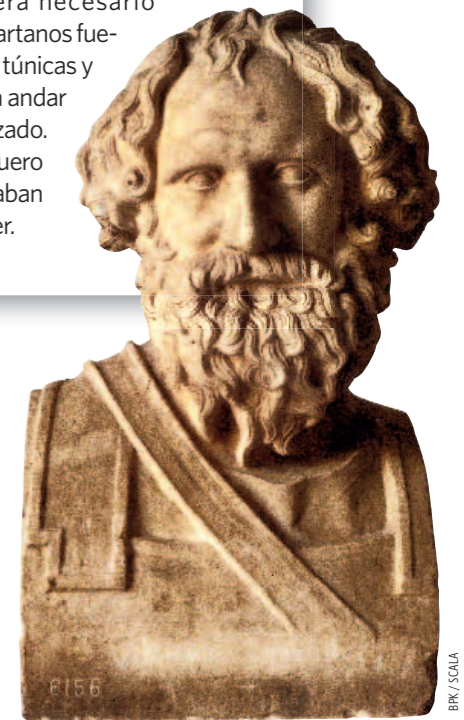
Los ejércitos griegos contaron con tropas mercenarias, como los arqueros escitas del ánfora de la derecha, que luchan protegidos por hoplitas. Siglo VI a.C. Museos Estatales, Berlín.

El declive de una potencia

Arquidamo III de Esparta (representado, a la derecha, en un busto de mármol) no pudo evitar la decisiva derrota de Esparta frente a Tebas en Leuctra, en 371 a.C.

LA INDUMENTARIA ESPARTANA, SENCILLA Y PRÁCTICA

La prenda básica de los espartanos era la túnica de lana, el quitón. Cuando en época clásica se abandonó la coraza, se extendió el uso de la túnica de lino (*exomis*), que dejaba al descubierto el hombro derecho y daba mayor libertad de movimientos. Si era necesario –nunca en batalla– se cubrían con una capa (*tribon*). Los espartanos fueron el primer ejército griego en adoptar un uniforme, ya que túnicas y capas estaban teñidas de color escarlata. Acostumbrados a andar descalzos, en las expediciones militares no solían llevar calzado. Sólo en invierno llevaban botas, normalmente con tiras de cuero que sujetaban los calcetines de fieltro. Algunos oficiales portaban un *bakterion*, bastón largo y con forma de T, símbolo de poder.



solían emprender la huida, y sólo entonces se producía un número considerable de muertos: para huir debían librarse del peso del escudo, por lo que quedaban expuestos ante el acoso del enemigo.

El ejército espartano, sin embargo, no solía encarnizarse con los rivales derrotados. Según Tucídides, «los lacedemonios, gracias a su resistencia, sostienen las batallas durante largo tiempo y con firmeza hasta el momento en que ponen en fuga al enemigo, pero una vez lo han hecho huir, sus persecuciones son breves y a corta distancia». No tenía sentido exponerse innecesariamente después de haber logrado el objetivo, sobre todo si el enemigo disponía de caballería, por lo que el rey ordenaba a los trompeteros que tocaran la retirada, y se procedía a atender a los compañeros heridos y a recoger a los muertos.

Gloria a los héroes

A continuación, las tropas espartanas formaban delante de los enemigos caídos y exhibían las armas con las que les habían dado muerte. Para que el ejército vencido pudiera retirar sus cadáveres debía enviar un representante y negociar una tregua con el rey de Esparta, lo que suponía la admisión formal de la victoria lacedemonia y la concesión de la reivindicación que motivó la guerra.

Acabado el conflicto, se erigía un trofeo en el campo de batalla que podía revestir varias formas. Una de las más comunes consistía en cubrir el tronco de un árbol con el casco, la coraza y las armas de los vencidos, aunque cuando la victoria tenía una trascendencia especial se construía un monumento en piedra. En ocasiones se gra-

baban también inscripciones en los escudos de los oficiales enemigos más significados y se guardaban en los tesoros de los santuarios de Olimpia y Delfos.

En cuanto a los cuerpos de sus caídos, los espartanos los disponían encima de sus propios escudos y así los transportaban hasta algún lugar cercano al campo de batalla para darles sepultura y honrarlos con algún epitafio, como el compuesto por Simónides de Ceos para los espartanos que murieron defendiendo el paso de las Termópilas en 480 a.C.: «Extranjero, ve y di a los espartanos que aquí, obedeciendo sus leyes, yacemos». Terminados los rituales, el ejército emprendía el regreso y, al llegar a Esparta, hacía una entrada triunfal entre las aclamaciones de los ciudadanos. No habiendo nada más glorioso que morir en combate, se celebraban homenajes en memoria a los caídos, como corresponde a los héroes; por el contrario, si un espartiatá regresaba con vida de una batalla finalizada en derrota, se le despojaba de sus derechos cívicos y se le obligaba a vivir en un estado de exclusión social y de total ignominia. ■

Para saber más

ENSAYO
Guerreros espartanos
Nicholas Sekunda. Osprey/RBA, Madrid, 2009.

Armas de Grecia y Roma
Fernando Quesada. La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.

NOVELA
El hombre de Esparta
Antonio Penadés. Edhasa, Barcelona, 2005.